

entonces el único hombre de su confianza en el Perú, á fin de que fuese á Charcas con amplios poderes para castigar y perdonar. Marchó inmediatamente á desempeñar su encargo, y aunque pudo haber encontrado resistencia en los sublevados, la división y desconfianza que reinaba entre ellos hizo imposible toda combinación. Prendió, pues, á muchos, y como era de carácter severo y juez inflexible, los trató con el mayor rigor. Acaso aumentaría su severidad el saber los deseos que siempre habían mostrado los revoltosos de quitarle de en medio, y no falta historiador que atribuya su conducta á un deseo de venganza mas bien que á celo por la justicia. Sea como fuere, lo cierto es que durante muchos meses no cesó de imponerles diversos castigos. Los gefes principales pagaron su delito con la vida, y los menos culpados sufrieron otras penas mas ligeras; pero siempre muy graves. Estas medidas de rigor bastaron para que la tranquilidad se restableciese por entonces; pero muy pronto debían otros alzar de nuevo con mejores recursos el estandarte de la rebelion, prolongando por largo tiempo los desórdenes de aquel país, como veremos en el capítulo siguiente.²²

²² Herrera, Hist. General, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. dec. 8, lib. 7, cap. 5-11.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 14-23.—Garcilaso, *ob. y Conq.*, p. 381.

CAPITULO III.

LEVANTAMIENTO DE FRANCISCO HERNANDEZ GIRON.—
LA AUDIENCIA REUNE FUERZAS.—MOVIMIENTO DE AM-
BOS EJERCITOS.—DERROTA DE VILLACURI.—BATALLA
DE CHUQUINGA.—RETIRADA DE HERNANDEZ.—ACCION
DE PUCARA.—FUGA DE HERNANDEZ.—ES PRESO Y
AJUSTICIADO.

1553—1554.

Mientras pasaban en la provincia de Charcas los sucesos referidos en el capítulo anterior, no cesaba la Audiencia de procurar por todos los medios posibles que se pusieran en ejecucion las órdenes del gobierno de la metrópoli. Iba lo consiguiendo poco á poco, y cada reforma que lograba introducir le daba ánimo para intentar otra nueva: En todas partes solían ser mal re-

mo Alvarado hacia algunas preguntas relativas á Francisco Hernandez Giron y á otros habitantes del Cuzco, como si quisiese ir acopiando datos para sus procesos. Tales avisos sobresaltaron á todos los que no se hallaban con la conciencia limpia; pero á nadie tanto como á Hernandez, quien á la verdad no se asustaba sin motivo. Aprovecharon aquella coyuntura los revoltosos para incitarle á tomar las armas; pero él vacilaba, y solo cedió cuando le dijeron que el corregidor Dávalos tenia ya órden de Alvarado para prenderle y ajusticiarle. Esto no era cierto; mas como Hernandez se aguardaba una cosa semejante, no se detuvo en creerlo.

Tomada ya la determinacion solo faltaba buscar el mejor medio de llevarla á efecto. No tar- do mucho en presentarse una ocasion. Celebrá- banse en el Cuzco el 12 de Noviembre de 1553 unas bodas muy solemnes de un caballero noble llamado Alonso de Loaisa, sobrino del arzobispo de Lima, y despues de haber empleado el dia en fiestas y regocijos se sirvió en la noche una espléndida cena al corregidor y á las personas mas notables de la ciudad. Reinaba la mayor alegría entre los convidados y ya se estaban sirviendo los últimos platos, cuando repentinamente se

mas: empero, que en el Cuzco se destroncarian las rayzes: y dello suia venido tanta al Cuzco" Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 24.

abrió la puerta de la sala y apareció en ella Francisco Hernandez, embozado en su capa y con su espada en la mano. Asustados los que se hallaban en la mesa al ver semejante aparicion, dejaron todos sus asientos. Hernandez les gritó que se estuviesen quietos y no temiesen;³ pero sin atender á sus razones cada uno trató de escaparse por la puerta mas inmediata. El corregidor Dávalos con algunos mas se refugió en otra sala donde cenaban las señoras, y otros convidados salieron á los corrales y habiendo hallado por fortuna una escalera de mano, treparon por los tejados y lograron salir sin novedad á la calle.

Tras de Francisco Hernandez entraron los demas conjurados, todos armados, é inmediatamente asesinaron á un caballero nombrado Palomino, con quien Hernandez estaba resentido, y á otro convidado que intentó apagar las luces tirando de los manteles; mas tuvo la desgracia de que habiendo caido todas quedase una sola encendida. Buscaban los conjurados con mucho empeño al corregidor, porque no le vieron escaparse. Pero no faltó quien les avisara que estaba en la sala de las señoras, é inmediatamente

3 "No se alboroten vuestras mercedes, estense quedos: que esto por todos va: y yo no quiero mas que prender al corregidor, y tomar los papeles que tiene." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 24.

se encaminaron á ella. Rompieron la primera puerta de dos que impedían el paso, y ya iban á hacer lo mismo con la segunda cuando los que estaban encerrados ofrecieron abrir, si Hernandez daba palabra de no hacer daño alguno á Ramirez Dávalos. Prometiéndolo así Hernandez, se abrió la puerta, y el corregidor fué preso sin molestar para nada á las demas personas que estaban en la sala. Pudo Dávalos haber huido con los que escaparon por los tejados y aun ellos le convidaron á fugarse; pero se hallaba tan amedrentado que no se resolvió á salir de su escondite. Giron cumplió su palabra: á los pocos dias le hizo sacar de la ciudad y á corta distancia de ella le dejó libre para que se fuese á Lima. ⁴

Los conjurados lograron completamente su sorpresa, y aunque apenas serian cuarenta, no hubo en aquella populosa ciudad quien pensase en resistirles. Hernandez no cometió ningun género de violencia contra los vecinos, antes por el contrario trató de persuadirlos con buenas razones á que abrazasen su causa; pero tuvieron

4 Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 24.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 8, cap. 11-14—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., p. 381—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 2, 3.—Este último autor presen-

cio en el Cuzco todos los sucesos de la sublevacion de Hernandez: se hallaba junto al corregidor cuando aquel entró en la sala, y escapó por los tejados en compañía de su padre.

poco fruto sus instancias. No obraba de la misma manera su teniente el licenciado Diego de Alvarado, ⁵ hombre sanguinario que parece se habia propuesto imitar al famoso Francisco Carbajal en lo cruel, ya que no le era dado igualarle en la pericia militar. Hacia ajusticiar por las mas ligeras sospechas á cuantos caian en sus manos, y aun dicen que constantemente tenia el verdugo á su lado para amedrentar á sus enemigos. ⁶

Bien conocia Hernandez que aunque el número de los descontentos era muy grande, el de 1 que siguiesen las banderas del rey no habia de ser despreciable, y por lo mismo trató de hacer sus preparativos como para una campaña próxima. Reunió en el Cuzco cuanta gente pudo encontrar, envió partidas á las otras ciudades con el mismo objeto, y aun se valió de otros arbitrios menos honrosos, tales como soltar y armar los presos de las cárceles. ⁷ Para hacerse de dinero se apoderó de los fondos de la tesorería real, que segun parece no eran muy abundantes. ⁸

5 No debe confundirse este licenciado Diego de Alvarado con el Mariscal Alonso de Alvarado, que habremos de nombrar muchas veces. ⁶ "Su Maese de Campo lle-

vaba siempre consigo Verdugo Cabestro, i Garrote." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 8, cap. 14.

7 Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 7, cap. 3.

8 "Descerajó la caja de las tres llaves de la Real hacienda

Importábale luego dar una apariencia de justicia á su causa, para disipar los escrúpulos de aquellos que en el corazon eran partidarios suyos; pero que no se atrevian á manifestarse abiertamente por no incurrir en la nota de desleales. A este fin convocó al ayuntamiento del Cuzco y á las personas mas principales, y les exigió que le nombrasen justicia mayor y procurador general, no solo de la ciudad, sino de toda la colonia. Sea porque realmente estuviesen conformes ó porque no hay muchos que se atrevan á contradecir á un caudillo victorioso en la hora de su triunfo, no consta que ningun individuo de aquella asamblea se opusiese á tan exageradas pretensiones. Fuéle, pues, concedido cuanto pidió, y la ciudad del Cuzco le dió un ámplio poder, procedido de un larguísimo preámbulo en que recapitulaba todos los agravios recibidos y manifestaba la ineficacia de las súplicas hechas para su remedio. Era en suma lo que hoy se llama un manifiesto á la nacion.

Provisto Hernandez de este documento lo hizo circular inmediatamente enviando copias de él, acompañadas de cartas, á diversas ciudades y á muchos amigos que tenía en todo el pais. Decía en las cartas que habia entrado en aquella

sacó della doze mil y seys cientos
póstos: que en olla aua" Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2,
lib. 2, cap. 25.

empressa por el bien general y que no peleaba contra el rey sino contra los oidores, cuya tiranía era insufrible y habia de reducir el pais á la miseria; é instaba al mismo tiempo á todos á que tomasen parte en la revolucion, mezclando de paso algunas amenazas contra los que no lo hicieran. Muchas de aquellas cartas no produjeron ningun efecto; pero otras no fueron desatendidas, y las ciudades de Arequipa y Guamanga se declararon por Hernandez, no sin alguna contradiccion entre sus vecinos. Escribió igualmente á uno de los oidores, dándole parte de la resolucion que habia tomado, echándole en cara la opresion en que la Audiencia tenia á los colonos, y haciéndola responsable de la sangre que se derramase en la próxima contienda.⁹

La nueva de lo ocurrido en el Cuzco llegó á la ciudad de Lima mucho antes que la carta de Giron y aunque al principio rehusaban darle crédito los oidores, se confirmó por otros avisos recibidos despues. Conocieron entonces que ya no se trataba de uno de aquellos motines de la soldadesca que se aplacaban con cortar algunas cabezas, sino de una revolucion ó alzamiento mejor organizado, que acaso pudiera tener estensas ramificaciones. Comenzaron por lo mismo á co-

⁹ Trae esta carta con otras lib. 2. Parte 2 de su Hist. de
rujas, Fernandez en el cap. 27, Pera.

lectar gente y á nombrar los oficiales que debian mandarla. Se ordenó asimismo al Mariscal Alvarado que en su provincia levantase gente, cuyo mando se le dió, y un capitán de confianza fué escogido para encargarse de la flota que se hallaba en el puerto del Callao, con el fin de evitar que los buques cayesen en poder del enemigo, así como tambien para que impidiese el que recibiera por mar ningun socorro. Escribieron ademas á las ciudades, como lo habia hecho Giron, exhortándolas á permanecer fieles, y á auxiliar en cuanto pudieran la causa real.

Restaba hacer el nombramiento de la persona que habia de tomar el mando de las fuerzas reunidas en Lima; mas por desgracia habia entre los individuos de la Audiencia las rivalidades y diferencias tan comunes en esta clase de corporaciones. Tres eran los pretendientes á aquel empleo: el arzobispo de Lima, y los oidores Santillan y Saravia. Causa estrañeza que á pesar de su carácter sagrado aspirase el primero á un puesto militar, sin que le valiese en esta vez la excusa que á otros de su clase habia favorecido, de ser una guerra contra infieles.¹⁰ El oidor Santillan le disputaba el puesto, y el

10. "La causa que incitase á un religioso de la órden de los Predicadores, y Arzobispo de la Iglesia de Dios, á pretender ser capitán general de vn exercito de Christianos: para hazer guerra á otros Christianos no se supo." Garcilaso, Com. Real., Parte 2. lib. 7, cap. 7.

otro oidor Saravia, aunque no deseaba alcanzarlo, hacia valer sus pretensiones para quitar partidarios al arzobispo y lograr que fuese elegido Santillan. Perdióse el mejor tiempo en estas miserables rencillas, y aun fué mas perjudicial el arbitrio que discurrieron para terminarlas. Viendo que ninguno de los dos competidores principales cedia el campo, se decidió que ambos fuesen nombrados para que obrasen de acuerdo. ¿Podria esperarse esto de los que no habian tenido generosidad suficiente para sacrificar su ambicion al bien de los pueblos que gobernaban? Los electores, que eran los dos oidores restantes Mercado y Altamirano, con algunos de los sujetos principales de la ciudad, encargaron mucho á los nombrados que con su buena armonía y eficacia en el cumplimiento de su deber evitasen los daños que se temian de aquel doble nombramiento. Pablo de Meneses estaba ya elegido de antemano para segundo gefe ó maestre de campo.

El Mariscal Alonso de Alvarado supo antes que la Audiencia la rebelion de Hernandez, como era natural por la menor distancia. Se hallaba ocupado aun en castigar á los culpados en el asesinato de Hinojosa; pero conociendo cuanto importaba la prontitud, no aguardó órdenes de los oidores para comenzar á levantar gente y á fabricar armas, á fin de sofocar la nueva reov-

lucion que se presentaba mas seria que las anteriores. Para quedar mas espedito concluyó las causas que todavía estaban por sentenciar, conmutando en penas pecuniarias los castigos que merecian los reos.¹¹

Principiaba el año de 1554 cuando Francisco Hernandez Giron resolvió al fin salir del Cuzco para encaminarse á Lima. Tendria en sus filas unos quinientos hombres, y contaba con ir recogiendo algunos refuerzos por el camino. Cuidó de no llevar consigo ninguna gente forzada, y no obligó á seguirle á los que quisieron quedarse en la ciudad. Acaso recordaria lo fatal que habia sido á Gonzalo Pizarro el no haber escuchado los consejos que Carbajal le dió sobre este punto; mas esta precaucion no fué suficiente para impedir que en el curso de la campaña cada día se desertasen algunos soldados; bien que esta pérdida la reparaba con los realistas que se pasaban á su bando con igual frecuencia. Bastaba que se avistasen los dos ejércitos y se trabase la mas ligera escaramuza, para que pasasen de un partido á otro multitud de soldados, y solian unos mismos repetir varias veces esta operacion. La desercion era mas considerable en el ejército que sufría un revés, por insignifican-

¹¹ Garcilaso, Com. Real., 8. cap. 15; lib. 9, cap. I, 13. Fer Parte 2, lib. 7, cap. 3-7.—Hernandez, Hist. del Perú, Parte 2, rera, Hist. General, dec. 8; lib. 2; cap. 25-30.

te que fuese; porque no habia entusiasmo por ninguna de las dos causas y solo se abrazaba el partido que tenia mas probabilidad de triunfo.

Salido Hernandez del Cuzco, se dirigió á Guamanga y en el camino encontró las avanzadas del ejército real que venian á reconocerle. Dos ó tres realistas se pasaron á sus filas, y de ellos hubo todas las noticias que necesitaba sobre la fuerza, posicion, y demas circunstancias del que él llamaba ejército de los oidores; porque Hernandez nunca quiso darle otro nombre, ni reconocer autoridad real en la Audiencia. Su objeto no era, segun decia, el hacer armas contra su soberano, sino el libertar al pais del mal gobierno de la Audiencia, impidiendo que los colonos se viesen reducidos á la miseria. Por eso el lema que llevaba en sus banderas eran estas palabras: "Comerán los pobres y se hartarán."¹²

En Guamanga vino á reunirse con Hernandez su teniente Vazquez, trayéndole alguna mas gente, y juntos ambos resolvieron continuar su marcha á Lima, aprovechando las noticias que habian recibido de los desertores del ejército real. Pasó Hernandez por Jauja, y llegó al valle de Pachacamac, tan famoso por el ídolo á que debia su nombre, y que solo distaba cuatro leguas de Lima. En el camino tuvo algunos encuentros

¹² Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 32.

de poca importancia con las partidas sueltas de los realistas, llevando estos la mejor parte en unas y la peor en otras, como suele suceder en esta clase de guerra.

El ejército real había salido en el entretanto de la ciudad de Lima, para acampar á una corta distancia de ella, variando de posición segun venian las noticias del enemigo; pero sin apartarse nunca mucho de la ciudad. Su fuerza ascenderia á unos mil trescientos hombres, siendo los trescientos de á caballo. Casi la mitad de los de á pie tenían armas de fuego. Con esta fuerza bastaba para hacer frente á la que traía Hernandez; pero era tal el desconcierto entre los que mandaban, que nadie sabia á quien obedecer ni los oficiales acertaban á cumplir la multitud de órdenes contradictorias que recibían en breve espacio de tiempo.

Asustada la Audiencia al ver el mal aspecto que iba tomando la tempestad que había levantado con su imprudente conducta, quiso, aunque tarde, apartar el pretexto de que se valían los revolucionarios. Ya no solo permitió que las ciudades nombrasen procuradores para presentar sus quejas al rey, sino que les instó para que procediesen al nombramiento, ofreciendo que en el entretanto suspenderia por dos años la ejecución de las ordenanzas. Lástima era que estas concesiones se hiciesen á la fuerza y no á la ra-

zon. Por lo mismo no produjeron el efecto que se deseaba, y solo la ciudad de Lima nombró dos procuradores que se embarcaron para España.

Hallábanse ya tan cerca ambos ejércitos, que los encuentros entre las avanzadas eran muy frecuentes; pero ninguno se resolvía á presentar una batalla. Pensó Hernandez en valerse de un ardid para sorprender de noche el campo real, y lo habría puesto en práctica á no haberse pasado al enemigo en aquellos mismos dias uno de sus principales oficiales llamado Silva, que era sabedor de su proyecto, y no podía dardarse que lo había publicado. En la misma noche que Hernandez señalaba para la sorpresa, se le desertó un gran número de soldados y otros tantos hicieron lo mismo al dia siguiente.¹³

Notando Francisco Hernandez esta desercion, y no hallándose con bastante fuerza para acometer al ejército contrario, no quiso que le aconteciese lo mismo que á Pizarro en Xaquixaguana, siendo vencido sin haber peleado. Levantó inmediatamente su campo para volverse hácia el Cuzco, esperando que sus soldados pelearian de mejor gana contra el Mariscal Alvarado que

13 "Y aquella noche se vieron al campo de S. M. mas de cincuenta hombres de los que traía Francisco Hernandez; y por esta causa el Francisco Hernandez no osó dar batalla y se retiró la costa en la mano, quedando sele cada dia mucha gente y viniéndose al campo de S. M." Pedro Pizarro, Descub. y Conq. pág. 333.

contra los oidores, á causa del mucho odio que aquel se habia acarreado en toda la provincia por el rigor escesivo que usó en el castigo de los revoltosos. Una vez derrotado el Mariscal los vencidos engrosarian sus filas, y con el prestigio que dá una victoria le acudiria gente de todas partes, al mismo tiempo que los realistas perderian el ánimo, y muchos abandonarían sus banderas. Al tiempo de partir cuentan que llamó á sus tropas y les dijo: que los que no quisiesen continuar sirviendo en su ejército, quedaban en libertad de retirarse. Grave fué el riesgo que corrió de quedarse sin un hombre, porque fueron muchos los que se aprovecharon del permiso. Con sus fuerzas tan disminuidas como si hubiese sostenido la mas reñida batalla, emprendió la retirada al Cuzco, con tanta precipitacion que dejó el campo regado de despojos de todas clases: mas tan luego como llegó á noticia de los realistas acudieron á aprovecharse de ellos, recogiendo de esta manera todos los frutos de una victoria, sin correr los riesgos de una batalla.

No hay cosa mejor para dar ánimo al enemigo que volverle las espaldas. Apenas se supo en el ejército de los oidores que Hernandez iba de retirada, determinaron perseguirle, cuando antes teniéndolo á la vista no habian osado acometerle. Mandó al efecto la Audiencia que fue-

se en busca suya el maestro de campo Meneses con seiscientos hombres; pero los generales se opusieron y le ordenaron que solo llevase ciento. Esto ocasionó graves disputas, y al cabo se puso Meneses en marcha con poco mas de cien hombres, muy disgustado por la falta de armonía que reinaba entre las cabezas del ejército.

Siguiendo este capitán las huellas de Hernandez, supo que se hallaba en el valle de Ica, á unas cuarenta leguas de Lima. Encaminóse hácia aquel sitio pensando tomar al enemigo de sorpresa; pero hallándose ya muy próximo tuvo necesidad de buscar un poco de grano para sus caballos. Ofrecióse á traerlo un soldado desertor de Hernandez, y le dejaron ir con algunos Indios. Pero el soldado aprovechó aquella ocasion para volver á sus antiguas banderas, y dió puntual noticia á Giron de las fuerzas que llevaba Meneses y de su designio de sorprenderle aquella misma noche.

Cuando el gefe de los realistas vió volver á los Indios sin el soldado que salió con ellos, conoció que era preciso renunciar á su proyecto. Le era por otro lado imposible hacer frente á Hernandez con sus escasas fuerzas, si no era logrando la ventaja de una sorpresa, lo que ya no podia esperar, y por lo mismo resolvió emprender la retirada. Dejó atrás á un oficial con dos ó tres soldados de los que mejores caballos te-